

# LAS CAJAS COCA COLA



**Ismael Blanco**

LIYO editora

**las cajas coca cola**

Blanco, Ismael  
*Las cajas Coca Cola* - Primera edición - Bahía Blanca  
Liyo editora, 2017  
19 pp.

ISBN: no tiene, es una edición casera.

Título: 2. Literatura

Ilustración de tapa: isotipo de Coca Cola, disponible en Google.

Primera edición: Junio 2017

© Blanco Ismael

© Liyo editora

[www.liyo.wordpress.com](http://www.liyo.wordpress.com)

IMPRESO EN ARGENTINA / PRINTED IN ARGENTINA

No queda hecho el depósito que previene la ley 11.723

## Índice

Las cajas Coca Cola.....	5
Papeles veraniegos.....	9
La vida mental.....	12
No me voy con nadie.....	14
Papeles navideños.....	16
Hay otras fuerzas.....	17
El ruido del viento y el crepitar de los cardos.....	18

## Las cajas Coca Cola

1.

Vivíamos en el quinto piso de un edificio céntrico, Geraldina, yo y alternativamente su hija Anita, de tres años, que pasaba una semana con nosotros y una con su papá, el ex marido de Gera. Tratábamos de llevar una vida considerada normal. Íbamos al supermercado chino de la vuelta a hacer las compras y volvíamos caminando por Yrigoyen. A veces nos iluminaba una gigantografía de Nicole Neuman y Fabián Cubero, en blanco y negro, casi sin ropa. Mi mentalidad de barrio periférico tuvo que acostumbrarse a esas luces relativamente fuertes y a los estímulos constantes de las vidrieras. Dejábamos el auto de la madre de Gera en una cochera y volvíamos caminando por las veredas anchas de Alsina. Solíamos ir con Anita a restaurantes donde hubiera juegos para nenes, principalmente uno en la avenida Alem. Gera sabía cocinar un excelente pastel de papa. Algunos viernes que estábamos solos pedíamos sushi.

Mi mentalidad de barrio periférico también tuvo que acostumbrarse a la dinámica del edificio, con sus horarios para la recolección de basura, los viajes en el ascensor con gente de los demás pisos (que funcionaban como un género autónomo), y las charlas ocasionales y entrecortadas con el portero, un hombre medio pelado y de tez negra de tipo hindú que cubría todos los diálogos con un halo de secretismo.

La cuestión es que un domingo a la mañana abrimos la puerta para salir del departamento y en el piso, bien paralela al umbral, había una caja Coca Cola. Las cajas Coca Cola son como las cajas PAN de Alfonsín, pero destinadas al sector social medio-alto: un pack con algunas botellas de gaseosa. Miramos los demás departamentos y cada uno tenía su respectiva caja. No fue difícil imaginar el edificio verticalmente con sus departamentos, sus puertas y sus cajas Coca Cola, dispuestas de manera prolija por la noche mientras todos dormíamos. Cuando entendí que la *Coca Cola Company* nos estaba dando un presente, agarré la caja para llevarla a la cocina. Después me di vuelta y vi que Gera venía con la caja de la puerta de al lado.

– ¿Qué hacés? –le dije.

– Agarro las botellas –me respondió y el enunciado sonó tan lógico que no pude contestarle nada. Gera volvió a salir e hizo lo mismo con las demás cajas. Una a una las fue metiendo en nuestro departamento. El piso quinto quedó vacío de cajas Coca Cola. Los dueños o inquilinos todavía dormían. Cuando salieran iban a vivir un domingo normal. Lo que les estábamos robando, más que las cajas, era la posibilidad de presenciar en carne propia las ruedas aceitadas del capitalismo.

2.

Obviamente el robo quedó en evidencia ese mismo día. En las charlas de ascensor el motivo del clima rápidamente fue reemplazado por el del regalo

de la Coca Cola. La gente del quinto piso se enteró de que les faltaba algo y se quejó con el portero. Posteriormente la novedad del regalo fue reemplazada por la del robo del quinto piso. En principio, con Gera descartamos una orden de allanamiento generalizada. Alguien se había llevado las cajas y había conmovido más el orden moral del edificio que una figura legal. Con la cocina repleta de botellas nos dimos cuenta de que antes que del enemigo externo había que cuidarse del que teníamos adentro. Por un lado, Anita no podía encontrar semejante cantidad de azúcar. Efectivamente ahí había gaseosa como para aflojarle las tuercas a un Renault 9. Y por otro, Lurdes, la niñera, una chica bastante limitada, no podía ver el espectáculo que teníamos enfrente porque, incluso sin voluntad, nos podía dejar expuestos en el primer diálogo con cualquier desconocido. Por todo esto las cajas fueron a parar al ropero de nuestra habitación. Durante días desayunamos, almorzamos y cenamos Coca Cola. Las botellas vacías las fui sacando en una mochila y las descarté progresivamente en un contenedor que había cerca de mi casa paterna, a unas cuarenta cuadras del edificio. No había duda de que en las siguientes semanas el portero iba a revisarnos la basura a todos, buscando algún indicio, algo que dijera que esas cajas estaban efectivamente en algún lado, celosamente guardadas.

Por nuestra parte esperamos que la cosa se diluyera con el tiempo. Si bien los cruces ocasionales con los vecinos tenían cierta tensión implícita, los días parecían seguir con normalidad. Gera se levantaba a las siete de la mañana para ir a trabajar en una dependencia pública y yo a las nueve para avanzar en mis obligaciones como reciente becario del Conicet. Al estar en el centro muchas mañanas aprovechaba para salir a hacer trámites. Iba al banco Nación, a *Henry libros* o a hacer la cola en un Pago Fácil. En los trayectos y minutos muertos, mientras duró el tema de las cajas, pensé casi solamente en eso. Me repetía como un axioma: “A quienes puedan pagar: regalarles”. En este caso, regalarles las botellas a quienes pudieran pagarlas. Me parecía una estrategia infinitamente sutil. Mi mentalidad de barrio periférico todavía tenía mucho que aprender, de la psicología de los vecinos (en mayor parte reducidos a la fórmula publicitaria de ABC1) y de los modos en que el capital intensivo se vuelve sobre sí mismo, como una víbora cuando se muerde la cola para reproducir la lógica de un círculo, evidentemente virtuoso, engrosándose cada vez más y cada vez más. La estrategia económica de Coca Cola seguro se encuadraba en movimientos financieros y volátiles más amplios, pero específicamente las cajas no eran menos materiales que los containers pesados del puerto. Cuando llegaba de hacer los trámites me sentaba en el escritorio, me servía un vaso de Coca Cola e intentaba trabajar un poco para despejar la cabeza. Pero estaba en la instancia de empezar a construir un marco teórico y había arrancado con Adorno: “En nuestra época de superproducción, el mismo valor de uso de los bienes es cuestionable y cede ante el goce secundario del prestigio, del goce de estar al día, en definitiva del goce de la mercancía: mera parodia del resplandor estético”. Con lo que el marco teórico se desdibujaba en el análisis de los aspectos secundarios del robo. Ciertamente no se trataba tanto del líquido marrón que tenía en el vaso, repleto de burbujas saltando como si estuvieran vivas, sino de la línea blanca zigzagueante sobre el fondo rojo de la etiqueta. A su vez, el análisis del poderío de las fuerzas productivas (o lo que fuere) derivaba en los detalles de nuestro accionar. Cada vez que levantaba la vista y miraba el logo de la gaseosa me

transportaba al momento en que habíamos abierto la puerta y encontrado las cajas. Esto pasaba prácticamente todo el tiempo. Cuando Gera se estaba duchando, o salían las publicidades de algún programa desde el televisor o miraba para abajo desde el balcón se me venía a la cabeza la imagen de las cajas apiladas y tapadas con una frazada atrás de una de las puertas de nuestro placard. Incluso con Anita, con quien teníamos una conexión especial, cuando hacíamos rebotar una pelota de goma, o le armábamos casas a muñecos Playmobil o encastrábamos figuras geométricas tridimensionales en un tablero con huecos, pensaba en el pasillo vacío después de que Gera lo hubiera saqueado.

3.

Sin embargo, dos cosas cerraron el ciclo. En principio la gaseosa terminó acabándose. Pero, sobre todo, el punto final se dio gracias a que el robo fue descubierto. Y como no podía ser de otra manera atrás de la resolución estuvo la cabeza calculadora del portero. Imagino que para él habrá sido un Sábado de Gloria (el día de la resolución cayó un sábado). Sentado en el hall, pacientemente, se lo comunicó a cada habitante del edificio: a cinco departamentos por piso, sumados los quince pisos, eso da la capacidad de 75 departamentos, ampliamente una cifra por encima del centenar de personas. Incluidos Gera y yo.

Ese día habíamos ido a Walmart a comprar algunas cosas y volvíamos con bolsas en las manos. El portero estaba sentado con la puerta abierta. Mientras esperábamos el ascensor nos salió al cruce:

– ¿Vieron quién se llevó las cajas?

– ¿Qué cajas? –le respondí.

– Las Coca Cola.

Miré alrededor esperando que no entrara nadie. Imaginé un espectáculo indigno.

– No, ni idea.

– Los albañiles del octavo –sentenció. Lo miré con sorpresa.

– ¿Qué albañiles?

– Los que estaban haciendo una reforma en el 8° “C”.

– Na –dijo Gera.

– Sí –le respondió el portero– los vi por las cámaras de seguridad del hall.

¿Podés creer?

– No, increíble.

– Yo por eso les digo –siguió el portero con atribución– hay que tener mucho cuidado quién entra acá.

Subimos por el ascensor, guardamos las cosas en la heladera y nos tiramos a mirar televisión completamente sobreseídos. Por unos días nos contamos varias veces la misma anécdota, siempre con el mismo remate: “los hijos de puta de los albañiles”. En cuanto a la actitud del portero se la podría abordar desde diferentes aristas de la psicología humana. Sin embargo, yo creo que la cuestión es sencilla y tiene que ver más con una virtud que con un defecto. Específicamente con la habilidad (por otra parte necesaria) de posicionarse en relación con una temperatura social. En este caso la del

sentido común del edificio, en evidente sintonía con el antiperonismo del microcentro bahiense. El portero ubicó el desenlace (que necesariamente no podía quedar abierto) en un orden de cosas preestablecido. Siguiendo la lógica de que cada elemento tiene un lugar asignado encastró perfectamente la pieza que faltaba, como si se tratara de uno de esos juegos con figuras geométricas de Anita.

(2013)



## Papeles veraniegos

### 1. Mar Azul

Después de doce horas de viaje, tres colectivos, dos trasbordos y una tormenta eléctrica, Mar Azul es un lugar donde uno querría quedarse todo el tiempo. Un lugar lleno de árboles y oscuridad, apartado de la vorágine turística de Gesell, más allá incluso que el irreal (con su discreto encanto) Mar de las Pampas. Pero para mí Mar Azul queda resumido en una casa millonaria enclavada en la arena, de la cual fuimos echados inmediatamente después de haber probado sus instalaciones millonarias. Víctor, el dueño de esa casa, en principio fue una sombra que estuvo siempre pero como una posibilidad fluctuante. Posibilidad de aparecer en cualquier momento y decidir cómo iba a seguir nuestro viaje; de aparecer y llenar la heladera o incluso de no aparecer nunca. Posibilidad también de aparecer con su novia, como finalmente pasó, y echarnos a cualquier lugar de la costa atlántica. Y entonces Víctor también terminó siendo la posibilidad de resignificar aquella charla primera que tuvimos con Nicolás (cuando me recibió a las tres de la mañana después de haber bajado del colectivo de línea que me llevó desde Gesell) en la sala de estar de esa casa millonaria completamente ajena, como si fuera un chiste, una propiedad privada a la cual por lo general no tenemos acceso. Resignificación de un reposicionamiento que habíamos insinuado en relación con la redistribución de la riqueza y que derivó, a partir de esa contingencia que transformó a Víctor de una sombra posible en una persona de carne y hueso, en la misma bandera de siempre que dice que si hiciste mucha gaita (muchacha) fue a costa del empobrecimiento general, y que entonces por más que llenes una heladera con cosas exóticas y botellas de Luigi Bosca no sos más que un poco o mucho (una cuestión de grado) *un hijo de puta*. Esa bandera, obviamente, después de haber usado la pileta climatizada, el sauna, la terraza cercada con blindex, el fogón, si hubiéramos podido el jacuzzi, la mesa de pingpong y los cuatriciclos que había en el garaje.

Antes del llamado de Víctor casi a la medianoche, anunciando su llegada la mañana siguiente, la Casa (que fue el objeto de conversación constante y el referente fotográfico principal) a mí ya me había empezado a generar cierta angustia. Un mundo tan perfectamente pensado, que cierra por todos lados y donde uno puede leer los signos del trabajo intelectual de un arquitecto muy bien pago, los materiales elegidos, la inmensidad acotada de una casa de verano, cada uno por momentos en habitaciones separadas, en el sauna o en la pieza que tiene vista al mar, los ruidos casi imperceptibles del interior en la Casa vacía me dio angustia. La llegada de Víctor la mañana siguiente condijo con todo ese último estado de cosas.

Ni bien nos levantáramos, sabíamos, había que enfrentar a Víctor. La primera imagen que tengo de él es desde el primer piso. Está al costado de la pileta en zunga hablando con su criado paraguayo (que vive en una casita adelante y con quien el día anterior compartimos un asado). La segunda es ya una vez abajo, en la cocina: estoy parado mientras Vero (la hermana de Víctor, por quien estamos todavía ahí adentro) agarra las cosas que nos vamos a llevar (Vero, al igual que nosotros, está siendo echada). Víctor pasa por al lado

mío y no me registra. Vero entonces me presenta. Ahí Víctor se da vuelta y en principio parecería mirarla de nuevo a ella. Entonces pienso que tiene la convicción de no registrarme ni siquiera después de haber sido presentado. Trato de entender qué cosa está mirando, si en efecto es a Vero o a qué cosa. Recorro sus dos ojos y recién ahí veo que uno había hecho contacto visual con mi cara, antes de que yo supiera que me estaba mirando. Nadie me había dicho que había que mirar su ojo izquierdo, al parecer el único que tiene en funcionamiento. Después supuse que es como una carta que uno esconde: él sabe que me pierdo si me quedo con el ojo que mira a cualquier lado y ahí tiene un segundo donde me saca una ventaja (supongamos que el otro es una persona más importante que yo: hay una anécdota de la Casa repleta de chinos, más de cuarenta chinos, que estaban ahí para cerrar un negocio). Entonces le doy la mano sin posibilidad de decir nada, ni siquiera en relación con lo espectacular que es la Casa (consejo que nos había dado Vero para caerle bien) y después aparece su novia y extiende su mano para que se la sostenga a modo de saludo y se la sostengo sin decir nada. Cuando la suelto ella le dice algo a Víctor en paraguayo y entiendo que *Víctor es un tipo complejo que tiene un criado y una novia paraguayos* y que no tuve el tiempo necesario como para terminar de entender nada.

Cuando salimos de la Casa le digo a Nicolás que Víctor podría haber sido pensado por David Lynch.

## 2. Chapadmalal

Chapadmalal es peronista. En 1947 la Fundación Eva Perón construyó una serie de hoteles como parte de una política justicialista de Turismo Social para que los chicos con menos recursos pudieran conocer el mar. Hoy están esos hoteles, el casco peronista que se cierra en una capilla, algunas casas y campos donde casi en su mayoría hay gauchos que viven todo el año una vida rural. Para nosotros Chapadmalal fue una especie de caída de un mundo ficticio y la inmediata entrada en otro no menos ficcional. De la casa millonaria en Mar Azul, intempestivamente, fuimos llevados por un contacto laboral de Nicolás a un campo con casi absolutamente nada: cuatro arbolitos más chicos que una carpa mediana, un baño a cal y un silo donde vive un porteño de treintaypico que hace unos años decidió establecerse ahí, criar caballos, trabajar en una playa nudista, armar una banda de rock y hacer fiestas en lo que él llama su rancho. "RANCHO" es también el nombre de la banda donde canta y salta y grita, que lleva por logotipo una casa en llamas, en alusión a la casa que en un principio había levantado en ese mismo campo y que uno de los vecinos le prendió fuego y de la que hoy quedan solamente las ruinas. El Ruso (Diego Ruso), así se llama, tiene la capacidad de transformar la visión primera de un campo vacío y crudo en la posibilidad (que anida sobre todo en su cabeza) de una *transformación radical surgida desde abajo*, de sus propias manos, como todo en ese campo, el baño, el silo, una ducha que empezó el día que llegamos, con cañas y hojas de palmera y que terminó con nuestra ayuda el día que nos fuimos. Toda una serie de proyectos pasan por su cabeza y quieren bajar cierta filosofía que está a punto de colisionar con intereses que podrían desviarlo todo (la *Rock & Pop*, una ONG, algunos inversores privados) y que el Ruso, no sin cierto conflicto interior, termina por espantar con los

movimientos bruscos de un tipo que nació en una metrópolis y devino en domador de caballos.

Cuando caímos en el rancho del Ruso en Chapadmalal pensamos que era para pasar la noche, aclarar la cabeza y seguir para algún lado más amigable y cerca de la playa (el campo queda a unas 30 cuadras de la costa). Armamos la carpa abajo del sol y nos terminamos quedando cuatro días. Alrededor del Ruso hay un grupo fluctuante de personas (que vienen escapando de la merca, la policía o lo que fuere) que lo ayudan a cambio de poder pasar unos días en el campo y desaparecer de un mundo que cada uno prefirió cambiar, al menos por un tiempo, por ese lugar alejado de todo. El Ruso se ríe cuando dice que su rancho también es un poco granja. La energía del Ruso y su grupo de ayudantes que conforman una especie de *socialismo cabeza*, la aparición de una carpa con unas chicas de La Plata, las “babas” del Ruso (así le dice a las canciones que compone sin tener casi conocimientos musicales), comidas colectivas cocinadas por un chef en retiro espiritual y la vida propia del campo con caballos, perros, algunas gallinas, hizo que nos fuéramos quedando más de la cuenta a pesar de la lluvia y la mugre (el único día que nos bañamos con agua dulce fue en uno de los hoteles peronistas, donde había un equipo de fútbol infantil de Morón: Nicolás, yo y pibitos que, mientras se estaban bañando, cantaban “Jabón Jabón qué grande sos”).

### 3. Necochea

Necochea fue el descanso de toda la primera parte del viaje. Hospedados en un complejo familiar por familiares de Nicolás (recibidos en toda la amplitud del término) llegamos a un límite contradictorio entre cansancio físico y descanso mental. Mucho médano, mar, pileta, río, bosque, cuscús, asado al asador, rabas con cerveza, aperitivos, Campari con naranja, Vermouth (Fernet Cinzano y soda), Cynar. Un par de salidas: Eleven Point, La Frontera. El Casino (el Rata, productor de *Indomables*, dando vueltas alrededor de las ruletas). El puente colgante. La Virgen del apocalipsis. Norma. Antonio. El viejo Mansilla. Los gemelos del Vietcong. Hello Kitty, hello. Mucha hospitalidad y descanso real de las cosas.

(2011)

## La vida mental

En la avenida Santa fe esta vez lo primero que vi fue a una vieja tirada en la vereda tocándose la panza sucia mientras se levantaba el pulóver abrigado y se contorsionaba en el piso como si estuviera en éxtasis. A diez metros un linyera estaba sentado y tomaba agua de un bidón grande con flores adentro, metidas a la fuerza supuse que para darle gusto al agua. Me compré un jean y la chica que me lo vendió era hermosa, pero no en términos tradicionales sino al pensarla para que estuviera conmigo, completando mi blancura con su piel más negra. Cuando salí por avenida Pueyrredón lo crucé a Alan Pauls caminando muy rápido y es alto. Me encontré con Nicolás, comimos un revuelto gramajo cerca de la Sociedad Rural y después, por cuestiones laborales, me fui a la parte de atrás de la feria del libro para entrar y recorrer nada: compré “¿Qué es la burocracia?” de Max Weber y “La mente del hombre de Estado” de Maquiavelo. Me escapé. Me fui de esa feria llena de stands improductivos y me bajé en la Plaza de Mayo, donde por no ver el nombre de las calles empecé a caminar en círculos buscando la calle Bolívar, que es la del cabildo. Entonces llegué a la terraza balcón de Nicolás y vi atardecer sobre los edificios plateados de Puerto Madero. Mientras tanto, Aníbal Fernández presentaba su libro en la feria. Igual el viaje hasta San Telmo valió la pena porque metí en el bolsillo de mi pantalón nuevo un pedazo y me lo traje. Me subí al 29 y el 29 anduvo y anduvo y se llenó de gente hasta el absurdo. Había un rubio muy prolijo al lado mío en esos caños de apoyo isquiático que hay en un hueco. En un momento le hizo una seña a alguien y una señora también rubia, de unos 50 años se dio vuelta pensando que era para otra persona atrás suyo y no, era para ella la seña y entonces el pibe le dijo “venga señora y apóyese acá para descansar las piernas” y la señora le dijo “no gracias”, sorprendida porque como ella había otras señoras de 50 años o más. Entonces el pibe le dijo “después no me diga que no le avisé, seguro que viene cansada del trabajo” y la señora sonrió pero dijo “no, está bien, no te hagás problema”. Al rato pidió permiso y vino y se apoyó en los caños en el medio entre el rubio prolijo y yo, y se puso a hablar con el rubio. No pasó nada, no había nada sexual ahí, el pibe se bajó en el jardín botánico y a otra cosa, pero la escena me dejó el parte de una lógica que está muy lejos de ser la nuestra y que por un momento llegué a envidiar.

Cuando me bajé para ir de nuevo a la parte de atrás de la feria e iba caminando por la calle monstruosa lateral, llamé por teléfono a mi jefa y me dijo que estaba en otro lugar, solucionando no sé qué problema, un desmayo, pero que intentara entrar de todas formas. Entonces llegué a la puerta y le dije al policía que yo era parte de una comitiva de tal cosa y el tipo me dijo “vení mañana”. Yo le dije “no, mañana no puedo, hace 7 horas entré por esta misma puerta, si querés buscala a Dora y ella te va a decir, en el stand 447”, y el tipo puso cara de asco y me preguntó si Dora era “una gorda con la cara así”, y puso sus manos como atrapando una pelota. Le dije que sí y entonces me dijo “pasá”.

En el colectivo de vuelta, antes de salir a la ruta, miré las avenidas de noche, las calles cerradas alternando con monumentales lugares abiertos y

entendí cuál sería la angustia que sentiría al vivir ahí, cuando después de unos días entendiera que no es una ciudad para ser visitada sino para ser habitada, que fue construida por hombres para ser vivida, para que gente viviese sus vidas todos los días, por lo que se reduciría a la condición de marco, inmenso, el marco más grande que pueda concebir en mi acotada concepción, pero un marco y no otra cosa al fin de cuentas. Esa sería mi angustia, una angustia bastante terrible por momentos, y ahora entonces me doy cuenta.

(2011)

## No me voy con nadie

No me voy con nadie. Si me cruzo ahora en un colectivo (no podría vivir en un lugar sin colectivos de línea), puedo hacer muchísimas cosas, algunas alternativas de freak sexual, pero no me voy, creo.

Ya escribí eso, en parte cómo no puedo vivir sin los trayectos de línea y que no podía escribir poemas. Todo lo demás, incluso lo del Fortex, fue para llenar. Qué puedo decirte. También escribí lo otro: lo que tiene que ver con la fiebre. Sobre el estado ambiguo del calor que te hace temblar, de lo necesario que es el lugar de la fiebre, precisamente eso, que es un lugar adonde uno está y listo. Pero esto es otra cosa. No es escribir que no puedo escribir poemas. Estoy desorientado. Voy a hablar del monstruo:

¿Te acordás de eso que había más allá de nosotros? Éramos algo de ese monstruo (uno que se venía transfigurando, porque siempre estuvo pero nunca la misma forma en dos etapas diferentes). Entrábamos a una casa abandonada y encontrábamos (con el pretérito imperfecto de los sueños –aunque todo haya pasado en serio–) una nariz de payaso, de payaso rojo; una vez vimos un globo ir a contraviento y un perro duro en medio de la vereda, y marcas que aparecían a su vez con ciertas marcas arriba que decían que todo se trataba de lo mismo, que siempre fue una misma cosa: “eso”. Bueno, ahora tenía que cambiar, porque en su propia naturaleza siempre estuvo ser la misma cosa y nunca la misma forma. Supongo que ahora habríamos crecido. No sé. Pero el monstruo tenía otra cara, eso seguro. Una que se parecía a la que teníamos nosotros. ¡Teníamos la misma cara entre nosotros! ¿Nunca nos llamó la atención? El monstruo tenía nuestra propia cara.

Estamos limón. Es “eso”. Cuando crecimos todo se redujo a la droga. No creemos más en nada (antes creíamos en los globos a contraviento, en los perros duros, en las narices rojas de payasos sobre el césped verde de una casa abandonada, ahora no). Ahora en el olor de un perfume barato (un Aqua de Colbert o algo que te hace latir el corazón rápido, en un vértigo profundo). Ahora es “eso”. Empieza a tener otro color, olor, todo. Llegamos al monstruo, contame un poco cómo fue la forma de ese último monstruo:

El monstruo al principio fue un exceso. Fue el olor del Aqua mezclado con el ropi, que tenía un olor anestésico, también del jote, del vino con gaseosa y panga. Fue correr gente con bates, sentarnos en un pasillo diminuto siendo jóvenes y reírnos del Pitufito hasta que nos tirase un ladrillo haciendo una parábola visible en la luz amarilla, y pensar que ese ladrillo que venía hasta donde estábamos era un cartón de vino, y sorprendernos cuando ese ladrillo tocara el suelo y en vez de explotar en líquido se deshiciera en pedazos de tosca. Pero también fue, y por sobre todas las cosas, un monstruo diurno: esos árboles violeta que formaban como una especie de signo estático en la luz dominical de Florencio Sánchez. Y el monstruo terminó (en realidad esa forma del monstruo) con un par de muertes prematuras. El presagio de mierda también tiene que ver con dos muertes, frescas de hace poco, que conmovieron a la opinión pública local. Muertes de personas jóvenes de nuevo y que yo inevitablemente volví a relacionar con “eso”.

Qué querés que te diga. Una de las primeras formas del monstruo tiene que ver con el barrio marginal en el que viví la mayor parte del tiempo, con formas que dependen de un período histórico: una campera naranja que llevaba puesta mi mamá, en el frío durante el transcurso que separaba lo que era nuestro dúplex de un teléfono público Entel con forma de huevo. Tiene que ver con una certeza infantil en la conformación de los objetos, en lo que estuvieron ocultando siempre. Naranja también era una bolsa de dormir que llevé al campo de Ignacio cuando fuimos con Rodrigo y donde, después de contarles que existía “eso”, Rodrigo vio un payaso a la manera de un Rorschach en los dibujos blancos que sobresalían del fondo naranja. No quiero ser divergente, pero había algo monstruoso en ver de cerca los rombos en las ópticas de un semáforo prendido: el entretejido sólo visible a ojos infantiles.

Soñé con algo que me cubría y no sabía lo que era. Terror absoluto.

(2007)

## Papeles navideños

Me acuerdo cuando estábamos en el piso quinto de un edificio del Abasto y abrimos en la pc vieja un archivo de Word que solamente decía “*Un hijo de puta. Un hijo de puta puede*”. Era uno de los primeros viajes a Buenos Aires y comimos en restaurantes peruanos de casi solamente gente peruana. Ahora hace calor. Eso es un dato incuestionable y capaz una de las pocas certezas. La palabra *crisis* a veces dice muchas cosas, pero otras no expresa prácticamente nada.

En Soler al fondo, después de haber brindado, cuando todavía era de noche nos cruzamos un tipo que nos pidió un trago de nuestra lata de speed llena de ginebra y tomó como si fuera agua porque necesitaba limpiar lo que había vomitado unas cuadras atrás. Venía caminando con dos minas y una nena. La navidad duró 21 horas desde las 00 hs. Caminamos mucho, cuando ya había amanecido por el barrio más caro de la ciudad, en subida guiados por un sol terrible. Hubo una aparición ahí, un primo no reconocido de Maxi que nos cruzó de buena manera y nos resumió a cada uno en un nombre propio y un apellido de prócer muerto. Posteriormente también él iba a quedar resumido en algo así: un nombre propio repetido y el apellido o nombre de algún indio pampeano. “El Patagonia es una isla” era su muletilla y por momentos la posibilidad de contraponernos a nosotros en tanto continentales, y también la de volverlo una persona inconscientemente política. “De ustedes aprendí mucho”, fue una de las últimas cosas que dijo. Al mediodía, en uno de los puntos más altos de la ciudad (la discusión con el primo no reconocido de Maxi giró en determinar cuál era ese punto) dormí dos horas en unos colchones apilados mientras sonaba una cumbia muy fuerte de fiesta que sigue en el medio del calor sofocante. Después terminamos en una pileta pública donde, por momentos, señoras se metieron vestidas.

Hay un guión de un medimetraje que es así: en navidad dos tipos de ácido sentados en un bar en dos sillones, mientras suena una música electrónica de fondo y amanece, están hablando y mirando por la ventana y uno le dice al otro que conoce a una mina que tiene una enfermedad terminal y que lo único que hace, postrada, es tomar merca muy buena, y entonces deciden ir a visitarla y el resto de la película transcurre en las habitaciones de esta mujer que acaba de pasar su navidad. Entre confites y champagne con el sol del mediodía entrando todo deriva en una charla sobre la inminencia de la muerte y la necesidad de agotar la vida como fuera, la energía, la memoria, como decía el francés, “antes de que sea demasiado tarde” a través de ciertos actos como exorcismos (como tomar merca en una cama que no cambia, que es siempre igual, todo lo mismo). Sutilmente tendría que haber una diferencia en el perfil psicológico de los dos tipos, que active el desenlace a partir de la charla con la mina en torno a las formas, ni optimistas ni pesimistas, de agotar la vida. Uno de los dos podría ser un teórico y pensar que esas formas de abjurar la propia inercia no pueden ser leídas en clave moral. Solamente eso. Y un fade que se cierre y diga “*Un hijo de puta. Un hijo de puta puede*”.

(2009)



## Hay otras fuerzas

25 de marzo. A las 6.45 am estaba entrando en el hospital militar con un frasco de orina en la mano, donde me sacaron sangre. Todavía de noche, pasé la primera barrera, dejé el auto en el estacionamiento y en frente vi los colores titilantes del neón de un hotel alojamiento. Pensé: hay otras fuerzas.

Adentro, después de esperar unos minutos abajo del fluorescente, el doctor me hizo pasar junto con otra señora que también esperaba. Canoso, de delantal blanco, preparó las jeringas y empezó por la señora. Miré la escena -la dificultad del doctor para encontrar su vena- y ella, a su vez, miró para otro lado. Después, mi brazo flaco, inflado por la manguera marrón, la vena violeta, la jeringa entrando y la sangre bordó que se desparramó un poco por los bordes. Casi no hablamos. Como música de fondo estuvo la radio en AM 840 dando las noticias del día. Cuando el doctor se fue a poner las sangres respectivas en dos tubos de ensayo vi reflejarse la llama de un mechero en la manija cromada de una heladera vieja. Cuando vino a ponernos el algodón y la cinta blanca en las heridas mínimas, la voz oficial de la radio empezó a dar una lista, creo que del equipo editorial del diario: Vicente Massot, otro Massot, etcétera.

Cuando salí del hospital recién estaba amaneciendo. Pude ver el césped cortado, la prolijidad militar. Entendí que adentro de los dos autos que estaban entrando había superiores porque los oficiales del ingreso hicieron la venia. Cuando llegué a la puerta de acceso dos chicas venían caminando con sus frascos de orina. Pensé: hay otras fuerzas.

Volví a mi casa y me acosté a dormir. Me levanté, almorcé y fui a la escuela donde doy clases a dar lo que me habían asignado: "Clase de reflexión 'Día Nacional de la Memoria por la Verdad y la Justicia'". Los chicos se interesaron por la espectacularidad biográfica de Walsh, pero también por otras cosas: el FMI. Dos días antes recorté fragmentos de su carta abierta a la junta y anoté unos puntos que me parecieron importantes:

1. Pensar la dictadura en términos cívico-militares.
2. Configurar el perfil de la junta militar en tanto: terroristas, corruptos e ineptos.
3. Poner el acento en la política económica: datos fríos e imágenes literarias. Deuda externa, inflación, desempleo.
4. Poner de relieve una política impuesta por el FMI. Política cipaya, extranjerizante, que va en contra del discurso nacionalista de la junta.
5. Subrayar los sectores civiles que se favorecieron con la política económica de la dictadura: la oligarquía ganadera, la oligarquía especuladora y las empresas monopólicas multinacionales.

(2014)

## El ruido del viento y el crepitar de los cardos

Después de varios días, cuando llegué al barrio Censi vi que la entrada de mi casa estaba llena de cardos. Se habían ido acumulando y casi tapaban la parte inferior de la puerta. Pasé la reja, los corrí a un lado y abrí la casa. Levanté las persianas, abrí un poco la puerta ventana, no mucho para que no entrara el viento, y me dediqué a regar. Ya la negra había venido a recibirme. Había sol y los yuyos estaban muy crecidos. Antes de irme junté los cardos en un costado, armando una pelota enmarañada inmensa y pensé en dejarlos ahí hasta que se volaran por la parte de atrás del terreno. No había nadie, era la hora de la siesta. En vez de eso entré a la casa y agarré un encendedor con los dos únicos diarios que habían quedado de la última limpieza. A modo de prueba separé un cardo de la pelota inmensa y le puse un bollo de papel abajo. Lo prendí fuego y el papel se consumió antes de que se prendiera el cardo. Entonces fui al auto, abrí el baúl, agarré una bolsa grande llena de papeles de diarios resecaos, los que estuvieron desde el principio de la construcción tapando los vidrios de las ventanas hasta que los reemplacé por papel blanco. Volví a la parte de atrás y le puse varios bollos de esos papeles abajo del cardo. El fuego fue casi instantáneo. El cardo empezó a hacer ruido y se dibujó una llama fugaz. Corrí a la pelota enmarañada y separé otro cardo bien grande, rápido, antes de que desapareciera el fuego. Lo puse arriba del que se estaba quemando y el fuego se duplicó en un segundo. Así con el resto durante un rato largo, yendo a buscar y poniendo, viendo la llama crecer y moverse para distintos lados. El ruido del viento y el crepitar de los cardos durante un rato fue una forma del silencio. La negra disfrutó el espectáculo. Mientras preparaba los bollos vi su cabeza aparecer de los yuyos crecidos. Le gusta esconderse ahí e incluso llevarse cosas que roba. Como cuando le robó una bolsa de faso al Tincho, que apareció exactamente en ese punto donde ayer asomó la cabeza. Después se fue al sol y se acostó en la vereda a ver el fuego.

Cuando no hubo más cardos llené un bidón de agua y lo tiré sobre el círculo negro que quedó en el medio del pasto verde, como las señas rurales del aterrizaje de un ovni. Después volví al fonavi, estuve tirado un rato, me bañé para sacarme el olor a humo y fui a Rondeau a ver “La extensión” de Nicolás Testoni y Christian Delgado. La película estuvo bien, sobre todo porque tiene elementos que tensionan lo que había pensado que era: puro encuadre estético de la llanura pampeana. No es eso. No es sobre el desierto. La película, en cierto sentido, está llena de gente, en cuadro o afuera. Siempre alguien habla en voz baja o a los gritos. Más bien es sobre los modos en que ese desierto fue siendo delimitado, por rutas y cableados eléctricos, por chapas que hacen ranchos, y sobre las maneras en que fue siendo habitado. Algo en el orden del corte de los planos: como dijo Juliana cuando la presentó, la extensión refiere al espacio pero también es temporal. En cuanto a la forma, la lectura posible de una matriz narrativa: la película puede ir abriéndose hasta el infinito, de manera rizomática, como en la lógica fractal del hipervínculo.

Después dormí toda la noche sobre un costado: del otro lado me duele la antitetánica que me puse a la mañana en la sala médica del barrio Kilómetro cinco. Cuando me desperté fui a la Universidad a devolverle dos libros a Mario y regalarle un vino Séptima que compré en Regionales San Juan, por haberme

ayudado, hace ya varios meses, a pensar algunas cuestiones específicas de la poética de Alejandro Rubio. En el hall de entrada me dieron un volante sobre el boleto estudiantil y un militante del Partido Obrero le vendía un diario a un pibe, explicándole algunas de sus posiciones. “Nos movimos por Hebe”, le dijo, “para que fuera a declarar, no sé si viste, marchó con Sabatella y Kicillof, toda la runfla, la porquería del kirchnerismo”. Llegué al gabinete, saludé a Julieta y le hice entrega de sus cosas a Mario. Nos quedamos hablando, sobre política, sobre el consenso social del macrismo, sobre las formas de seguir construyendo algo en términos colectivos durante el neoliberalismo. Mario dijo que estaba podrido, de la gente, de la política, de los conceptos de Patria y Estado y de la academia. En un momento nos quedamos callados y empezó a hacer un avioncito de papel con un volante del PO. En chiste le dije que hiciera un helicóptero. Lo tiró al pasillo y lo fue a juntar. Me preguntó si quería ver si volaba. Le contesté que sí, abrió la ventana del gabinete y lo tiró desde el sexto piso. Ahí fue el avioncito en su carrera, recta y firme, hasta que hizo una curva y aterrizó en el playón que da sobre 12 de octubre, mientras los dos festejamos el vuelo exitoso. No dijimos más nada. Los saludé y seguí mi camino. En el hall no había nadie militando su antiperonismo. Fue una lástima porque en el ascensor ya había armado mi respuesta.

Hace unos días que no prendo la computadora: los cardos, “La extensión” de Testoni y el vuelo del avión me parecen parte de una misma cosa.

A nada le saqué una foto,  
ni subí nada a ninguna red social.

(2016)